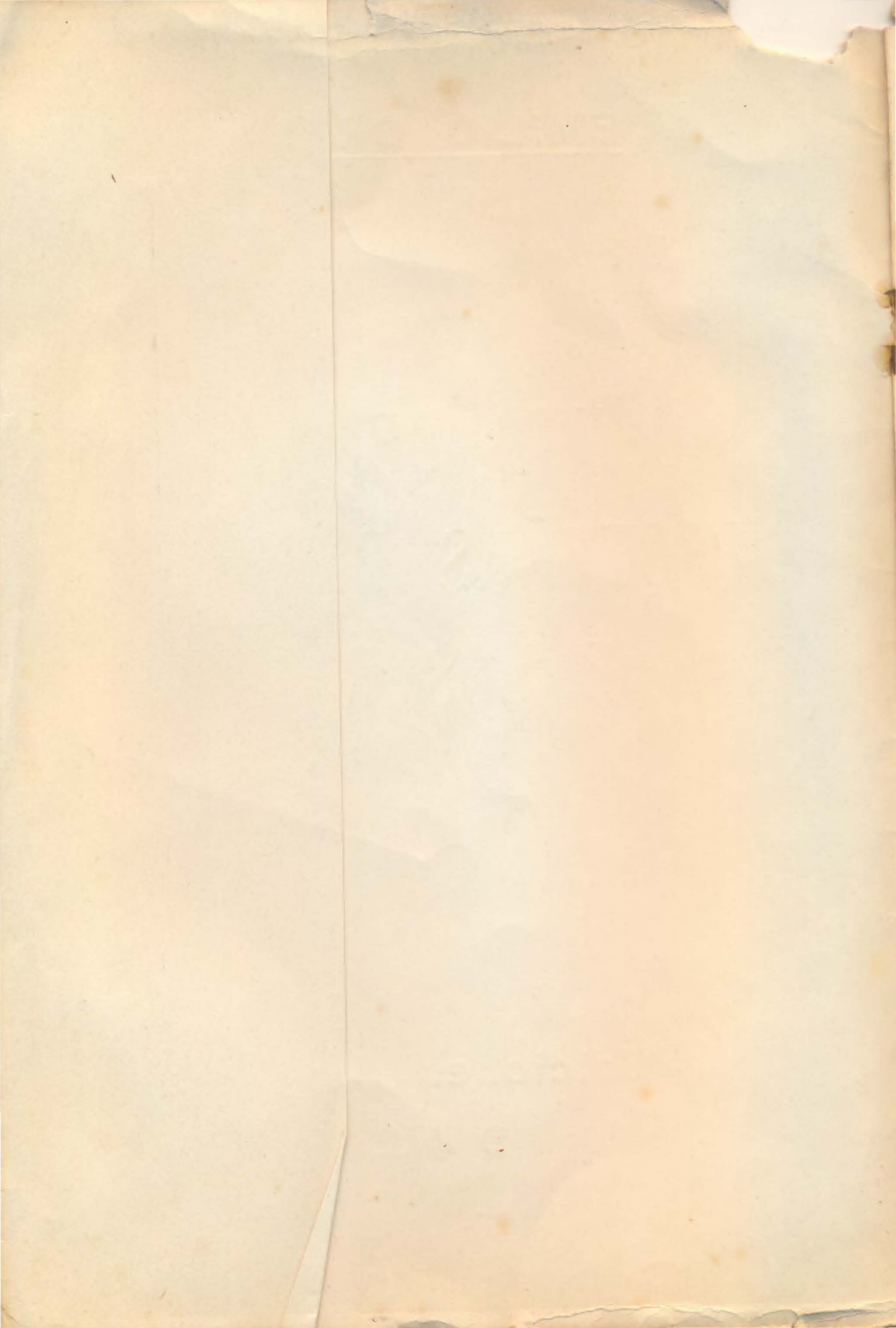


EMILIO ORIBE

CANTO DE LAS
PEQUEÑAS PIEDRAS
DE LOS RIOS

Ediciones Nous

1942



EMILIO ORIBE

CANTO DE LAS
PEQUEÑAS PIEDRAS
DE LOS RIOS

Ediciones Nous

1 9 4 2

Obras de

EMILIO ORIBE

P O E S I A ::

EL NARDO DEL ANFORA	1915
EL CASTILLO INTERIOR	1917
EL HALCONERO ASTRAL Y OTROS CANTOS	1919
EL NUNCA USADO MAR	1922
LA COLINA DEL PAJARO ROJO	1925
LA TRANSFIGURACION DE LO CORPOREO	1930
EL CANTO DEL CUADRANTE	1938

P R O S A ::

POETICA Y PLASTICA	1930
TEORIA DEL NOUS	1934
3 CUADERNOS DE POESIA {	
La Lámpara que Anda	1939
La Luz Defendida	1939
Fugacidad es Grandeza	1941

CANTO DE LAS PEQUEÑAS PIEDRAS DE LOS RIOS

A. Fernán Silva Valdés.

Piedras que arrastra el río
y vienen con las aguas transparentes
de las sierras del trópico, entre músicas
de torrentes.

Rodando,
rodando, rodando y cantando,
por las laderas,
al río van bajando.

Tras larga esclavitud,
hijas del padre sol, gotas del fuego,
dormidas en la tierra miles de años,
son despertadas luego.

El agua os ha entregado
la libertad, la danza y la alegría,
y os lleva por caminos
maravillosos a la luz del día.

Corriendo, corriendo, corriendo
de la sierra a los llanos,
os detenéis apenas
para hablar con la flor de los pantanos.

Adorno de las tribus,
y arma para vencer al extranjero.
Si os manejan los indios dáis la flecha,
lumbre contra el acero.

Luz y luz todo el día,
luz y luz os da el sol,
para que las luciérnagas
allí enciendan de noche su farol.

Mansas como semillas,
frescas como doncellas,
millares y millares
sóis más que las estrellas.

Unas con amatistas
o cuarzos en su centro.
Otras, color de luna,
vienen con agua dentro.

Vasos de sangre inmóvil
gotas de miel muy dura,
petrificadas hostias
de infinita blancura.

Por la noche en los vados
cantan los payadores.
Y han encendido hogueras junto al agua.
¡Qué lindos resplandores!

O gritan los vaqueros
bajo el sol del estío.
Si queréis escucharlos,
—¡Vamos!, os dice el río. —

Alguien os pastorea
con silbo o dulce voz.
Así váis en la arena que resbala
por los dedos de Dios.

¿Cosas? ¿Almas que emigran?
Obedientes rebaños,
debajo de los puentes
pasáis años tras años.

O alegres y desnudas
corréis por las campiñas,
formando caravanas,
como si fuérais niñas.

Piedrecillas redondas
cual los ojos del buey, que os vino a ver
lleno de asombros,
cuando bajó a beber.

Como el pie de los niños
algunas son rosadas;
las que siempre han de estar por inservibles
olvidadas!

Sandalias, que los astros
para andar por el agua se han ceñido.
Con prisa os abandonan,
porque el sol ha salido.

Y tantas, que parecen
estrellas rezagadas.
Estrellas que han caído,
estrellas enfríasdas...

En el agua hay artífices,
lapidarios pacientes,
que os dan brillos de joyas
relucientes.

Con desvelo, las ásperas aristas
van lavando y limando,
y os dejan si pulidas y perfectas
váis quedando.

Pero el agua, en silencio,
os va arrastrando!

Como en un rito bárbaro,
el río patriarcal
se viste con vosotras
manto sacerdotal.

Vuelca sobre su pecho
de piedras un tesoro.
Os usa todo el día.
De noche, las ha de oro.

Serenos, con sus hábitos
solares y atavíos,
pompas e hirsutas barbas,
—Mirad los sacros ríos!

Arenales inmensos,
son telas deslumbrantes.
Allí las piedrecillas
están como diamantes.

Mas, cómo aumenta el agua
y en su seno os esconde!
Y os lleva, poco a poco;
ella sabe hacia dónde!

Mas, cómo aumenta el agua
y ensancha sus caudales!
¡Qué lejos los troperos,
los cantos nacionales!

Adiós, ranchos con luces
por la noche. Adiós, luna. Adiós, estrellas!
Piedras que van a hundirse,
mar adentro, son ellas.

Porque de ancho el río
es amargo, y muy hondo;
piedras, sois pobres formas,
que rodáis hacia el fondo.

Ahora, que en tinieblas
prisioneras estáis,
como ojos muy abiertos,
¿a quién interrogáis?

Si soís ojos que mueren
en noches poderosas,
si soís frentes sepultas,
¿sabéis todas las cosas?

Después de tanta dicha
dónde váis a parar.
¡Ciegas, y dando tumbos,
por el fondo del mar!

De «La Colina del Pájaro Rojo».

N O T I C I A

Este poema fué escrito en el año 1922, época en que residía yo frecuentemente en el campo. Casi siempre contemplaba también el caudal de un río que estrechábase entre abundantes arenas, sembradas de piedrecillas multicolores. Otras veces solía atravesar el río por un potente puente de hierro desde el cual, a todas horas, bajo el sol estival o en las noches de luna, podía abarcar con amplitud la inmensidad de las piedras en emigraciones y mudanzas interminables. También me paseaba sobre ellas, recogiendo las que me parecían más preciosas y pulidas, para después arrojarlas al agua cuando un lento examen las transformaba en vulgares figuras. En ciertas circunstancias me vino la idea de un canto a estos elementos anónimos de la brillante hecatombe fluvial, encontrando en ellos muy precisas similitudes con los seres y los hombres. Así lo realicé, escribiendo allí, cerca de los familiares y humildes maravillas. Y desde que un tal sentimiento estoico se manifestó en el poema, ya no pude leerlo sin realizar en él la sobreestructuración del destino humano, más allá de la simplicidad del tema elegido. Y entonces hasta noté que podría hallarse desarrollado allí un asunto dominante dentro del lirismo universal, y que en los versos a las pequeñas piedras de los ríos se me daba también aquella pulsación infinita de la fugacidad humana, que circuló una vez, para no olvidarse nunca, en las Coplas de Jorge Manrique.

En las publicaciones
de HIPERION se
acabó de imprimir el
14 de marzo de 1942.
